

Jóvenes promesas

Sergio González Rodríguez*

pecho desnudo de su madre, la súplicas de su padre y la furia inminente de Aquiles. La ingestión de este vino fuerte requiere del consejo de un catador. El poder de los libros clásicos supone la humedad de una dosis de cultura humanística dispersa en el cuerpo social, una cuota de sensibilidad intelectual al alcance de todos. Y sospecho que, entre nosotros, los depósitos correspondientes se han desecado.

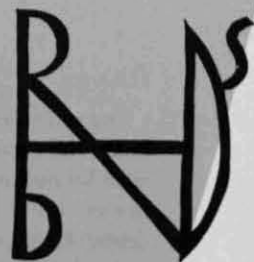
En consecuencia, el espectáculo de los volúmenes de Gredos en las calles debiera recordarnos que las humanidades de corte literario desaparecen poco a poco de nuestra vista, y que esa desaparición afecta nuestro patrimonio cultural, además de nuestras facultades como ciudadanos del milenario Occidente. ¡Menuda pérdida! Se trata de una dolorosa amputación, ya no digamos en nuestros hábitos de cultura, sino de nuestra identidad política. El problema está vivo y la discusión aún no termina. *

Tengo dos amigos —un hombre y una mujer, que, por cierto, no se conocen entre sí—, cuya juventud universitaria llevó el signo del triunfo impreso en su frente.

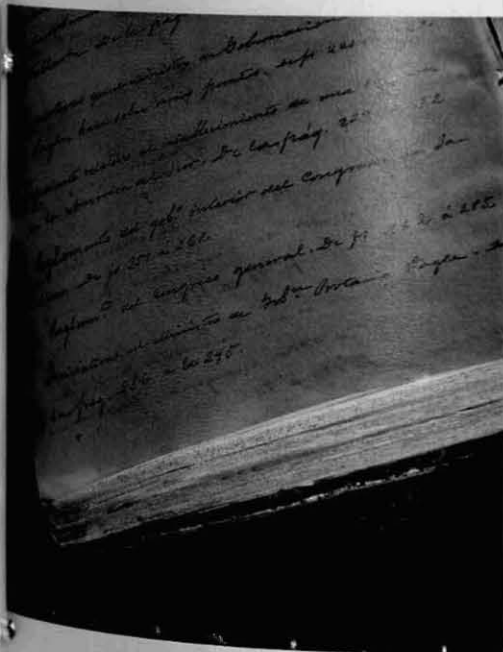
Hijos de respectivas progenitoras tenaces —sé del predominio en su vida de la figura materna porque el padre aparecía muy poco en nuestras conversaciones—, mis amigos —un hombre y una mujer— fueron llevados de la mano al sendero de los jardines que se bifurcan y ellos decidieron su destino: en lugar de entregarse a la reprobable molición y el hedonismo dispersivo en sus años estudiantiles —como lo hice yo, para desgracia de quienes habían puesto mi nombre muy en alto—, se obsecaron en adquirir el aroma de santidad de jóvenes genios, de esos que los maestros ponen de ejemplo a la chusma que satura las aulas. De esos, sí, que aparecen de pronto como el motivo de alguna historia de Hollywood, tipo *Mentes que brillan* o *Good Will Hunting* —donde actúa Matt Damon dirigido por Gus van Sant— y cosas semejantes. En pocas palabras, optaron por las mieles que otorga don Gabino Barreda. Por mi parte, mi historia en la Facultad de Filosofía y Letras se aproxima a una versión vernacular de *Porky's 3*, filmada por el director de *Cinco nacos en Las Vegas*.

Como se sabe, la medalla al Mérito Universitario se ofrece a los estudiantes de prístino promedio en sus calificaciones —el supremo respecto de sus compañeros—, y quien gana esta presea entra en el mausoleo de las causas perdidas de antemano: los (o las) jóvenes promesas. Y digo causas perdidas porque, por una razón u otra, mis amigos —un hombre y una mujer— que en su correspondiente y distinto momento recibieron la corcholata Gabino Barreda han sido, durante más de un periodo extenso de su vida postuniversitaria, carne del desempleo que estraga incluso a los mejores del país, personas desdichadas y solas.

* Crítico, narrador, ensayista y guionista



AEROPUERTO



Este comentario, desde luego, carece de insidia, tampoco quiere cundir el desánimo entre los novísimos estudiantes. Pretende, por el contrario, desengañarlos de lo desengañable, por ejemplo, el fervor institucional. Y situarlos en la geografía anárquica que se llama campus universitario.

A lo largo de los años, sobre todo cuando fui recluso del campus, me han intrigado los compañeros que llevaban la fama de un talento precoz. Incluso, conocí a un par de ellos que fueron "niños genios" y estuvieron en kinder para criaturas de veloz aprendizaje, de allí saltaron a las escuelas Montessori y luego a las prestigiadas instituciones de educación "activa", o al Liceo Franco Mexicano —Oh!!!—, ínfulas todas, o por lo menos una mayoría, provistas por la adicción narcisista de sus padres: tener un Einstein en casa. Un Newton en el rancho. Una Sor Juana en la colonia Villa de Cortés.

Como se sabe, el talento precoz —al igual que la eyaculación precoz— es un misterio profundo que sólo la experiencia pone en su lugar.

He visto a las mejores mentes de mi generación, diría yo al estilo del Allen Ginsberg del poema *Howl* (El aullido), destruidas por la locura de ser *yuppies* (Young Urban Professional People), ávidas de pensar que alguien pudiera darse cuenta que eran viciosos de la sección de "se busca empleo" en el

dores de algún doctor del COLMEX —de los que tanto abundan—, puestos a las órdenes de algún funcionario necesitado de consejo, asesoría, imagen, carisma y discurso, y que se han desvanecido en el esfuerzo de evitar que se piense que ellos podrían solucionar alguna crisis de riesgo, etcétera, etcétera, etcétera.

¿Cómo ser un yuppie cuando tu padre no se llama Carlos Slim o no perteneces al clan sexenal? Muévete para que te dedeen, perdón, te postulen Consejero Ciudadano del Instituto Federal Electoral, o algo semejante. Házte prócer de la transparencia democrática, *et al.* Pues ahí los tienes, inmersos en la respuesta a las dubitaciones generacionales de encarnar ya no una película, sino una fotografía al menos que equipare sus sueños con las realidades. Cómo me dan pena las jóvenes promesas que dejaron de serlo a la menor provocación del fracaso. Me fascina descifrar, asimismo, cual perversión casi indecible, la idea de un cementerio de los niños genios que se convirtieron en un ser vil que deambula por las calles con el cadáver a cuestas de sus glorias pasadas (si es que las tuvieron en verdad).

Debo ser franco: esta última imagen la plagí de *Magnolia*, la notable película de Paul Thomas Anderson, que tiene como un protagonista al excepcional William H. Macy en el papel del niño genio que fracasó a la hora de la verdad y a partir de allí se hundirá en un abismo de perplejidades adultas que incluye su homosexualidad reprimida. Conozco una historia peor: un niño genio de la música que terminó de mayordomo de lujo en el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Me cautivan aquellos que memorizaban la lección sin falta de puntos y comas y los que aspiraban a ganar los 64 millones de pesos en un concurso mnemotécnico —yo mismo me devané los sesos bajo la ambición de ser millonario a fuerza de trivia y datos: deserté porque supe que nadie tomaría en serio a un fanático del martirio del padre Pro, las novelas cristeras, las lecturas de *Populibros la Prensa*, los ovnis, los relatos del comic *Tradiciones y leyendas de la Colonia*, el fútbol, los aviones de guerra, el asesi-

nato de Kennedy, las historias de santos, la saga de Las Poquianchis... Me faltó, desde luego, la disciplina que convertía a otros en centro del universo concentracionario de los exámenes y las calificaciones.

Al apostrofar a los genios fracasados no quiero ser sádico, sólo realista. Y es que no me ensaño en las conclusiones, sino en las falsas premisas. La culpa al respecto, si alguna persiste, radica no sólo en un problema de orientación vocacional como decía la maestra Irma, sino en uno de candor excesivo. No hay que confundir afición con decisión.

El recuerdo de mis dos amigos —un hombre y una mujer— con que inicio estas líneas se produjo debido a que, luego de comer en un restaurante sonorenses de la avenida Insurgentes, se me ocurrió caminar rumbo a Plaza Inn, cerca de Altavista. Tenía una década de no visitar esta muestra de la subcultura de los *Mall* en la ciudad de México (lo construyeron veinte años atrás) y me sorprendí ante algo que me causa estupor y un poco de escalofrío. Sigmund Freud lo llamó *unheimlich*: una mezcla de miedos y misterios familiares que se repiten. Lo siniestro, pues, que a mí, en lo personal, me evoca el aroma del menudo o pancita, la moronga o la pata de puerco con cebollas. En Plaza Inn detecté, además de lo siniestro, la degradación y las promesas incumplidas. Para mejor ilustrar esta atmósfera, cito ahora de pie a Ramón López Velarde, así como siempre lo leo, de pie también: los talones juntos, las vértebras rectas, el abdomen hundido, el pecho enhiesto y la frente alta: "Y pensar que extraviarnos/ la senda milagrosa/ en que se hubiera abierto/ nuestra ilusión, como perenne rosa..."

Al salir de Plaza Inn me dije, el rostro surcado de lágrimas: "debo presentar a mi amigo y a mi amiga, los dos ex Gabino Barreda, para que se conozcan". Acaso congenien, se enamoren, casen, tengan hijos y un futuro pródigo y común hasta que la muerte los separe. De todo esto, queda una moraleja digna del Maestro de la Juventud. Como dicen que afirma el académico Salvador Elizondo: "no me di cuenta cuándo dejé de ser joven promesa y me convertí en viejo pendejo". Whoa. *



pasquín *Segunda Mano*, abejas en la colmena de la Oficina de la Presidencia, de Hacienda o de Relaciones Exteriores. Prepolíticos de cabeza sumisa, o servi-